

Meditación sobre la música

Angel Barja

En cada época de la historia del pensamiento, los climas mentales imperantes acercan, por un lado, a las cuestiones fundamentales, mientras por otro lado, impiden que esas cuestiones fundamentales sean del todo alcanzadas en su realidad objetiva. Esto hace que la evolución del pensamiento se produzca a grandes oleadas, cuya dirección concéntrica y progresiva sólo se advierte a muchos años de distancia.

En la mayor parte de los campos, la investigación es una sucesión de avances y retrocesos, con la limitación de que ni unos ni otros son siempre vistos como tales en el momento en que se producen. La música, con todo lo que a ella se refiere, es una de las realidades intelectuales más complejas y, a la vez, más vulnerables, por el hecho de que gran parte de los hombres siente hacia ella una profunda atracción y, al mismo tiempo, siente ante ella una extraña impotencia.

Es posible que los grandes artistas tengan una visión única del mundo y de la vida y traten, con su arte, de iniciar a otros o de comunicar esa visión a quienes nunca la tendrían por sí mismos ni por otros caminos. En el caso de la música, esta iniciación o comunicación es su finalidad límite y su contenido más denso. Es muy difícil aceptar la idea de Strawinsky de que «la música no expresa nada». Creemos que él fue el primero en no estar de acuerdo con lo que decía en esa fase de su vida, por más que gran parte de la música del siglo XX haya nacido en este clima mental. Sí es cierto que hay mucha música que no expresa nada, pero seguramente no puede afirmarse eso de «la» música.

La música, desde hace tiempo, es un patrimonio socializado, en el sentido de que el acceso a los lugares donde se produce, se estudia o se «conserva» es posible a todas las personas. Pero el acceso a estos «lugares» no significa, necesariamente, un acceso a la música como tal, aunque muchísimos sienten la necesidad de este acceso y hasta lo buscan con pasión. Si la música es «una revelación más alta que la filosofía» —en frase atribuida a Beethoven por Elizabeth Brentano—, no parece probable que una «revelación» de este tipo se produzca todos los días y ante todas las personas; dejaría de ser revelación para convertirse en información. Ahora bien, la música no informa de nada. Si, como parece, la música es un cierto lenguaje, su esencia no es la comunicación de ideas ni siquiera la comunicación de sentimientos. Lo que la música dice es lo que no puede decirse de otra manera y, por tanto, es imposible describir con palabras exactas lo que la música nos comunica.

Es cierto, sin embargo, que muchos hombres de todos los tiempos han visto en la música un enigma fecundo de comunicación, por más que ésta llegue a unos y a otros en muy distinta medida, según su capacidad de contacto con ella, desde el que contaba con un pasadoble al que lo hace con un Cuarteto de Beethoven.

Esto que vamos diciendo nos lleva a la conclusión de que, ante la música, se exige un absoluto respeto por parte de las personas más conscientes. Quizá sea erróneo que nuestra máxima preocupación ante la música sea legislarla, programarla, crear en torno a ella condicionamientos lejanos a la misma música,

si eso ha demostrado o demuestra que, al fin, la música no fue alcanzada, que el contacto real con ella no se ha producido y que no se ha obtenido ninguna comunicación calificable de trascendente.

La cultura occidental hubiera quedado castrada sin la presencia, sin duda impresionante, de la música. Ella ha nutrido, de forma subterránea y capilar, muchos de los mejores y más vigorosos progresos de la sociedad en su conjunto y la búsqueda de muchos intelectuales en particular. Los hombres relacionados con la música se han movido casi siempre entre el abismo y la circunstancia, entre lo sólido y lo anecdótico, entre la música como vocación fundamental inalienable y la música como afición, pasatiempo o modo de vida. El mundo de la música, en sus aspectos exteriores, ha sufrido y sufre manipulaciones continuas, quizá necesarias pero poco útiles para la causa de la música. Las artes tienen su alma muy lejos de lo artificial y lo programado desde fuera de ellas; por esta razón deben ser objeto de un tratamiento específico y absolutamente liberal. La música, en concreto, pasó hace mucho tiempo de las manos de los artistas a manos de los empresarios, que la han convertido en negocio y en asunto industrial, siendo los artistas los más directamente defenestrados. Si, por una parte, esto ha favorecido una mayor información sobre la música, ha roto, por otra, la posible conexión de muchos hombres con ella, desde el momento en que estos hombres se han acercado a la música por puertas falsas.

En una sociedad nueva, que las personas más atentas ya intuyen y desean vivamente, la



«La cultura occidental hubiera quedado castrada sin la presencia, sin duda impresionante, de la música»



«Lo que la música dice es lo que no puede decirse de otra manera y, por tanto, es imposible describir con palabras exactas lo que la música nos comunica»

música tendrá de nuevo su puesto en el espíritu de las gentes. La inmensa fatiga y la enorme desilusión que pesa hoy sobre gran parte de los hombres, se verán atenuadas también por una visión diferente de lo que es la música. El hombre actual necesita una nueva organización

de su existencia temporal, no basada en la competición ni en la crueldad, sino en principios absolutamente inéditos. Serán sobre todo las artes quienes concedan a la mente del hombre la justa temperancia para hacerlo capaz de frenar su paroxismo e iniciar una historia más

humana. Cuando J. S. Bach, Mozart y Beethoven escribieron sus obras admirables, no quisieron tanto abrumarnos con su sabiduría, cuanto decirnos que en la música verdadera reside un inmenso poder del que, todavía hoy, apenas nos hemos percatado.

Requiem

Angel de Dios Rubio

Mi Alfonso está llorando. Sentada en un rincón, junto a la vieja máquina de coser, desgana un puñado de lágrimas y un cargamento de entrecortados suspiros. Ha ido cayendo la tarde en las haldas de la noche, usurpando la guarida preferida de gatos comunales. Tras los cristales, llueve, la noche se cierra como nube de tormenta, y la estufa, barruntando otro duermevela interminable, protesta airadamente por las horas extras no remuneradas. El silencio escuece. A veces, junto a la estufa, la acuosa mirada de mi Alfonso tafadea el suelo de la habitación, mientras sus ásperas manos estrujan una y otra vez un amarillento moquero de bolsillo. A veces, de la cocina se escapa el trajinar indolente de mi cuñada Padra, preparando el caldo. A veces, sólo a veces, el viento curioso asomado a la ventana, aprovechando ese cristal roto que tantas veces he intentado arreglar. Un suspiro más se escabulle del rincón, seguido del consabido y mecánico manotazo que, como un misil, persigue sin lograrlo el vuelo retozón de alguna mosca inoportuna. Sobre la cornisa de la chimenea, el orondo despertador continúa contando el tiempo ajeno a las circunstancias, marcando el compás intransigente del olvido y la indiferencia.

Paquillo, el cura, compañero de dominós y discusiones filosóficas en el casino, se acaba de ir tras su última visita. Nos ha cacheado a todos con su mirada, nos ha embadurnado con sus inescrutables letanías y casi nos ha mareado con sus continuas vueltas alrededor del fétetro. ¡Este Paquillo, bonachón y parlanchín, que tantos mítines religiosos nos ha ido largando a lo largo de su vida sacerdotal en el pueblo, no ha encontrado palabras y toda su voz ha sido un sollozo! La calma y el silencio han vuelto a donde solían. Con tantas emociones, siento deseos de moquear y, como siempre, mi Alfonso se olvidó de poner un pañuelo nuevo en el bolsillo de mi pantalón de casar; tampoco quiero ahora sulfurarla y restregarme la nariz con la manga brillante de mi chaqueta de siempre. La Petra ha entrado con las tazas de caldo que huelen a gloria y humean caprichosamente sobre la mesa camilla. Bajo la estufa dormita la perra, que se sobresalta cuando crepita la carrasca al sentirse inquisidoramente quemada viva, que se encoge cuando oye a lo lejos el tañido triste y monacorde de las campanas, que abre los ojos refitoleando a todo el que entra en el cuarto a curiosear. Es ya noche por todo el mundo y no tardarán en venir al duelo. Va a ser una larga noche y habrá que conservar las fuerzas hasta el final. Acaban de llegar los hijos de la capital. Nos abrazan emocionados ellos y con esos grititos tan agudos que tanto me han molestado y casi avergonzado siempre, ellas. También estén aquí los pequeños, muy serios, probablemente alccionados, ¡pobres ellos que han sido a todas horas la alegría de estas ruinosas paredes, ellos que nunca entendieron y siempre exacerbaban el mal genio de mi Alfonso, ellos, en fin, que han constitu-

tido el espejo de mi propia infancia y que ahora, contagiados de la tensión del momento, nos miran como asustados y se sienten extraños hasta con el gato, al que miran con recelo y comedimiento! Afuera, la lluvia sigue alimentando los pequeños riatos que se forman calle abajo y seguro que se estará ensañando con las múltiples goteras que este otoño no tuve tiempo todavía de arreglar. Manoli, la pequeña, se me acerca con una muñeca de fieltro entre los brazos y me mira. Me susurra no sé qué de los rolletes que siempre abundan en nuestra despensa y sale disparada de repente, sin aguardar respuesta alguna; al cabo vuelve con las manos rebozadas de azúcar, la cesta arrastrando por el suelo y con una sonrisa de oreja a oreja. Alguien se lleva la cesta y provoca la rabieta de mi Manoli.

—¡Papá, el abuelo ha dicho que eran míos, que los cogiese todos!

—Pero, no seas tonta, no puede ser que tengas hambre —le regaña enfadado su padre—; anda, ve con tus hermanos a dormir y no nos des la lata esta noche.

Se me acerca otra vez, entre sollozos, y me guiña un ojo con toda la complicidad del mundo. Mientras alguien la coge en brazos y se la intenta llevar lejos de mí, se oye aún su melodiosa y tartamudeante vocelilla infantil murmurar algo sobre la sonrisa del abuelo, quien, al parecer, le ha prometido subir después a su habitación a contarle el cuento de Pulgarcito.

La sala se ha ido llenando de amigos y vecinos, de humos y conversaciones, de rezos y suspiros sincronizados. El ambiente se ha enrarecido y no sé si podré aguantar el estornudo por más tiempo. Hace frío. Mi Alfonso no está por la labor y se le habrá olvidado otra vez echar una calda a la estufa. Una vecina pasa una bandeja de pestiños por la reunión y el anís vuela de boca en boca como las cuentas del rosario entre las manos de las mujeres. Es pesado esto del velatorio. Vendrán unos y darán la «cabecza», hablarán sobre la próxima sementera y, luego, siempre boina en mano, dejarán la silla a otros que nos sisearán con un «te acompaño en el sentimiento», nos ensordecerán con sus penas y relatos de enfermedades variadas, de muertes indescriptibles, y correrán después a acurrucarse entre las sábanas con la íntima sugestión de ser ellos, quizás, los siguientes. ¡Qué largas y tediosas son las noches de duelo! Los hombres se han ido a fumar al pasillo. La madrugada ha hecho amistades con el despertador y entonan juntos una suave canticilla apresurada. Alguien pregunta por la hora del entierro.

—¡A las cinco en punto de la tarde!, se le contesta desde el ahogado rincón, donde mi Alfonso sigue luchando a tumba abierta con el sueño y la desesperación.

—¡A las cinco! ¡Aún podremos ver algún toro de la corrida que televisan desde Zaragoza! ¡De seguro que a él le hubiera gustado verla, con lo aficionado que era! De seguro. Los toros

RELATOS

Diario de León
(18)

han sido siempre mi gran afición y no me la querría perder por nada del mundo. La noche y el frío se están haciendo insoportables. Y me molesta el humo y las conversaciones y los besos y la tristeza que destilan las palabras y las miradas. Todo es tan ritual, tan prefabricado, tan inconsecuente. Es tan innecesario el llanto, el luto, el desmesurado enristecimiento. Resultan tan fuera de lugar las ceremonias que envuelven a la muerte, tan cómicamente pensados los golpes de pecho, tan ridículas las abstenciones: No ver la televisión, no salir a la calle, no alternar con los amigos.

Al hilo de mis pensamientos nos hemos ido quedando solos. Junto a la chimenea, los hijos hablan del tiempo, del mal estado de la carretera, del Juzgado, de la casa, de las tierras, del dinero en el banco, de las monedas de plata del abuelo. Mi Alfonso rompe a llorar de nuevo y se me acerca, me coge las manos, me pregunta por el frío y el barullo de la gente, me habla en voz baja como siempre que estamos a solas, me mira y se aleja a nuestra habitación a llorar, como si la estuviera viendo, ante los retratos que disimulan las grietas de las paredes, como hacíamos siempre cuando nos sentíamos solos. La soledad se adueña poco a poco de la casa, cuando el amanecer se cuele por la ventana. Ha cesado la lluvia y el llanto. Los pequeños duermen, cansados de esperar mi cuento y mis rolletes nocturnos a hurtadillas. El silencio y yo somos una misma cosa.

El sol me despertó muy de mañana. La habitación huele a cera y lejía. Desde la calle llegan voces de chiquillos, presumiblemente propinando patadas inmisericordes a un balón. Mi Alfonso sigue en la cama; alguien, al pasar a mi lado, ha dejado caer la noticia de que le ha dado una «angustia», como si me diesen por enterado. Manoli se ha asomado a la puerta con cara de pocos amigos, enfadada por mi traición narrativa y hoy no me «ajuntará» por mi imperdonable olvido en las acostumbradas labores de intendencia. Pasa el tiempo con la lentitud de un consejo de guerra. El despertador se ha parado.

Otra vez los murmullos, las oraciones, el besuqueo. Ahora todo son prisas. Que dónde está el velo, que este pantalón negro no me viene, que la madre se quede en la casa, que ya es la hora, que viene don Paquillo. Esto va en serio. Vendrá el cura (Paquillo, hoy te gané la última partida; ¡Cierro con la blanca doble) y, menos mal, que me sé de memoria todo lo que seguirá después: Resposos, floriqueos, traslado a la iglesia, misa, palabras en mi honor, pésames, gentío en la plaza, viaje al cementerio, flores, rezos, más besos, tierra y más tierra, llueve (la próxima siembra será excelente). Estaré bien. Los nervios no me traicionarán y todo saldrá como es menester. Luego la soledad, el silencio y cada mochuelo a su olivo. Unos años de recuerdos, mi Alfonso y sus retratos, Manoli buscará otra despensa y otras fantasías, la vida seguirá cumpliendo ciclos. Luego, el olvido.